



Víctor Blázquez, 83 años
Virginia Caballero, 20 años

Aventuras y desventuras de un madrileño

Cuando me esperaba en el andén del cercanías de Entrevías, no me lo imaginaba así. Un hombre con una gran fuerza en su mirada, muy amable y que parecía algo nervioso probablemente por no saber muy bien qué era lo que esa extraña iba a pedirle.

En nuestra primera cita, nos conocimos, me enseñó su casa y sus recuerdos, sus fotos familiares. Sus hijos y sus nietos y a la pequeña de la casa, su bisnieta. "La habitación de las carreras" una pequeña habitación con las orlas de medicina de su hija y su nieta.

Pero no siempre la vida le ha tratado bien. Quedó huérfano a los tres años y su madre se volvió a casar. La vida no era fácil en el Madrid de la época, por lo que la familia se trasladó desde el barrio de Embajadores al pueblo cacereño de Hervás donde residía la familia materna. No se entendía con su padrastro, así que con quince años se escapó.

A partir de ese momento, tuvo que sobrevivir como pudo.

El fin de la guerra le sorprendió en Valladolid, donde se fue a vivir una temporada con sus tías, pero pronto regresó a Madrid, "como madrileño que soy me tira la tierra" recuerda, y siempre sería más fácil ganarse el pan en la capital.

En Madrid, trabajó en lo que salía dentro de lo que él había aprendido en la rama de la calefacción, viviendo con patronas. Muchas historias se pueden contar de sus experiencias con ellas: desde la que le daba el clásico de la posguerra, "el puré de San Antonio" mas dos sardinas y un cacho de pan, la que creía que pretendía a su hija o la que le daba de comer las migajas que le daban los Servicios Sociales de la época mientras alimentaba a sus hijos con lo que él le pagaba de alquiler .

Historias de las penurias de la posguerra española. Pero también alegrías. Por mediación de una de sus patronas que bautizaba a su hijo, conoció a su esposa, Ansel, con la que lleva sesenta años felizmente casado.

Durante la posguerra, a mediados de los años cuarenta, muchos trabajadores tomaban el tren para llegar a sus puestos de trabajo, Víctor hacía el trayecto desde la antigua estación de Delicias a su trabajo, en vagones pequeños abarrotados de gente, "eran tiempos difíciles, con los bajos salarios el que mas y el que menos procuraba no sacar billete para ahorrarse unos céntimos y emplearlos en comida", comenta. "¡Qué viene el pica!" gritaban en el vagón cuando se acercaba algún revisor provocando el revuelo y la aglomeración de los viajeros que salían corriendo hacia las plataformas de los vagones que eran abiertas, corriendo el peligro de caer a las vías y ser arrojado por un tren.

Uno de esos días, Víctor se desmayó y quedó tendido en la plataforma del vagón. Le llevaron al botiquín y al preguntar qué era lo que le había pasado, el médico le contestó que lo que le había pasado era que se había desmayado de hambre.

Una manera para poder sobrevivir en la época era alistarse de voluntario en Aviación, "para comer mejor y vestir, porque al ser militar no gastaba nada" y lo hizo en el destacamento de Calzadilla, en Cáceres, donde una veintena de hombres, custodiaban un polvorín.

Sus esperanzas de huir del hambre pronto se desvanecieron, al quedar a cargo del destacamento un Cabo 1º que malgastaba el dinero de la manutención de los



soldados en diversos menesteres en el pueblo cercano. No era fácil conseguir alimentos. Desde el pueblo tenían que ir a por los viveres a Cuatro Vientos, en Madrid, en un recorrido que podía durar hasta 15 días.

La picaresca puede más en estos casos de necesidad, por lo que tanto Victor como sus compañeros, tras pasar 18 meses de penurias, salían por las noches a las fincas cercanas de los terratenientes de la zona a robar uvas, llenando sus macutos lo que podían.

Alimentándose únicamente de uvas, durante casi ocho meses, las gastroenteritis eran diarias.

Con el siguiente reemplazo, un Cabo 2º, les ocurrió lo mismo, por lo que cansados de comer uvas y de no poder vivir de una forma digna, decidieron quejarse a sus superiores en Madrid, todo ello sin que su Cabo lo supiera. Eran voluntarios que custodiaban bombas de gran tonelaje, huían del hambre y se encontraron con más miseria.

Ya bajo el mando de un Sargento 1º, la vida que llevaban los voluntarios era normal. Al grupo que no tenía que custodiar las bombas que estaban custodiadas en barracones de madera, se le permitía ir al pueblo a divertirse al baile.

Todas las noches había baile. Ellos eran jóvenes y se engalanaban para que todo el pueblo les viera. Pero un problema con los jóvenes del pueblo, hizo que fueran relevados por otro destacamento de voluntarios y trasladados a calabozos en Cáceres. Allí estuvo tres días y después desempeñó diferentes tareas, desde fregar perolas a realizar instrucción.

Al poco tiempo de estar allí, solicitaron un voluntario, alguien que supiera escribir a máquina para ir a la Mayoría de Ingenieros Aeronáuticos de Madrid.

Victor sabía escribir a máquina porque, con tan sólo 15 años, cuando se escapó de su casa, se alistó sin pensarlo a los llamados "Requetés". Él quería ir a la guerra y le destinaron en una oficina de Cáceres donde aprendió.

Su curiosidad y el ímpetu de su juventud le pudo más y una noche, se coló en un tren que iba al frente de Guadalajara.

Al llegar a Sigüenza, distribuyeron a los soldados a los diferentes destinos, pero su Teniente le reclamó. Le encomendaron una misión, arrastrarse 200 metros entre alambrada para llevar un comunicado, pero no pudo, ya no quería estar en la guerra.

Regresó a Cáceres escoltado por dos guardias civiles. Pasaron por Hervás, el pueblo donde residía su madre y en una escapada digna de una película, en un momento en el que pidió permiso a sus guardianes para ir al baño, paró el tren y regresó a su casa. Poco le duró la alegría a su madre, a la mañana siguiente, otros guardias llamaron a su puerta "¿Te vas a escapar?", le preguntaron. No lo hizo y regresó a Cáceres.

Desde el calabozo, en el Palacio Cuartel, vio las botas del Teniente Castillo. Se acercó y el Cabo de guardia le dijo "está aquí el madrileño". Aprobaba el valor que había tenido para ir a primera línea de batalla, pero le reprendió porque su puesto estaba en las oficinas.

Durante el tiempo que estuvo de requeté, vivió un episodio atroz. Los enemigos bombardearon un mercado lleno de gente que hacía sus compras y tuvo que intervenir ayudando a rescatar y desenterrar personas.

"Mi vida fue siempre azarosa y aventurera", pero con todo lo que le ha tocado vivir, está seguro que lo peor que puede ocurrir es una guerra, "hermanos contra hermanos, padres y madres que se quedan sin sus hijos, un dolor que queda para toda la vida". Es algo que ha comprendido con los años.

En las oficinas estuvo hasta que Franco ordenó que ningún menor de 18 años podía alistarse.

Después de la guerra, de casarse y de tener hijos, lo más importante era poder seguir adelante. Llegó a la máxima categoría en su rama de calefactor e instalador.

La jubilación anticipada hizo que de nuevo volviera a buscarse la vida, pero esta vez, ya no estaba solo.



Lo importante de la vida

Es un hombre que lo ha pasado mal en la vida, como todos los que no estaban en el bando adecuado en los penosos años de la guerra, pero que por su valentía y vitalidad ha logrado sobreponerse a todo.

Es un hombre feliz, un hombre muy luchador y aventurero, lo vivido en su juventud lo demuestra. No es una persona conformista, ni siquiera en estos momentos en los que está jubilado. No entiende cómo puede haber personas de su edad que se pasan el día sentados en el banco del Centro de Mayores viendo pasar las horas. De sus muchas aventuras, su época en Suiza, lejos de la familia, triste pero necesaria para poder darles algo más, recuerda no con mucho afecto a sus compañeros de trabajo en la empresa de calefacción, dos italianos. Puede que de esa experiencia venga su pasión por el italiano.

A sus 83 años, Víctor estudia italiano, ahora por su cuenta, aunque ha estado en varias academias, "las cosas ya no se me quedan como antes" dice, la gramática es lo que más le cuesta. Regresar a Roma, solo esta vez, para practicar, como cuando en sus Bodas de Plata sus hijos le sorprendieron a él y a su esposa con un viaje por toda Italia, es una de sus ilusiones. Le encanta viajar, es un hombre muy alegre que a pesar de tener sus problemas de salud y achaques como cualquier persona mayor, no puede estar quieto. Su próximo viaje, Oporto, la única zona de Portugal que le queda por conocer.

Quizás ahora disfruta todo lo que antes no pudo en su juventud que, de alguna manera, se vio truncada por la guerra y sus consecuencias pero que hace que la vida de lucha que llevó quede ahora como un recuerdo, pendiente de que alguien como yo sepa reconocer a un valiente.